

El mitin anti-Habsburgiano. ("La Publicidad", Barcelona, 22 agosto 1918).



Cuando aquel inolvidable mitin de las izquierdas en la plaza de toros de Madrid, mitin que si no fué en pro de la intervención en la guerra armada, de sangre y fuego, fué cuando menos en contra de la bochornosa y envilecedora neutralidad a todo trance y costa del metternichillo ese que es el Dato, canciller de un régimen en liquidación, cuando aquel mitin se nos echó en cara a los que en él tomamos parte activa el haber asociado nuestra aliadofilia, nuestra antigermanofilia, a sentimientos anti-dinásticos y hasta anti-monárquicos.

Yo fui el único no declarado republicano de cuantos en él hablamos. Nunca me había declarado republicano antes; nunca me ha declarado republicano después. Es una declaración que estimo escolástica y no política, de academia y no de vida activa civil en la plaza pública. Me importa poco que quien esté al frente del Estado, para refrendar con su firma las leyes y decretos del pueblo sea presidente, rey o Roque y tenga su cargo temporal o vitalicio, electivo, de un modo o de otro o por cierto artificio hereditario. Lo importante es que el soberano, el único soberano, porque no puede haber más que uno, sea el pueblo y que siendo el pueblo el único soberano y, por serlo, sean todas las leyes, órdenes, decretos y mandatos públicos, publicidad que excluye todo régimen doméstico y despótico, de secreto.

Por este régimen despótico, patrimonial, de secreto, más o menos absolutista, por este régimen que, como nadie, ha simbolizado en la historia esa fatídica casa de Habsburgo, así en su rama austriaca, como en la española, por este régimen pelea el imperialismo tudesco. Los Hohenzollern han acudido en defensa de los Habsburgos, a quienes detrotaron en Sadowa. Pero a la vez esta guerra había de ser la del pangermanismo, la de la final absorción, de Austria en el Imperio germánico. En la del 70 se alzó Guillermo I de Prusia, en Versalles, por emperador de Alemania, en ésta se alzaría Guillermo II, por emperador de toda Germania, de todos los pueblos de lengua alemana con los otros que les estaban sometidos. Los Habsburgos de Austria quedarían al nivel de los reyes de Baviera o de Sajonia.

Pero a la vez el presunto triunfo de los Hohenzollern protegería al habsburgianismo español. Porque la borbonería actual española no es ya la del abyecto Fernando VII, ni de la maja Isabel II, que tuvo que luchar contra otro Borbón, su tío; ni la del manolo Alfonso XII, que vino sobre la derrota de otro Borbón; la borbonería actual española es habsburgiana, troglodita, es carlista en fin. Y el carlismo se iba haciendo alfonsino, dejando de ser jainista, y si los Hohenzollern llegan a triunfar, habríamos visto de bracete a Mella y a Dato.

Fué, pues, un gran acierto unir en aquel mitin el sentido aliadófilo al sen-

tido adverso al habsburgianismo borbónico. Y para ello no hacía falta declaraciones republicanas. Porque, no es cuestión de república o de monarquía. Los que en el próximo 29 de septiembre hará cincuenta años destronaron a doña Isabel II, no eran republicanos, no eran algunos de ellos ni siquiera anti-dinásticos y la prueba es que trajeron después a su hijo, don Alfonso XII, sin ocurrírseles restañar en el trono a la madre. Vieron claro que más que la monarquía, más que la dinastía, quien estorbaba era la persona misma de la reina de los tristes destinos, como la llamó Aparisi Guijarro. Los carlistas, sí, acaso hubiesen restablecido a Isabel II. No contra ella, sino contra la revolución de septiembre de 1868 se alzaron en la segunda guerra civil, en la de los siete años.

Se pudo creer que la monarquía de don Alfonso XII, del educado ocho años en el destierro—y enseña tanto un destierro, sobre todo a futuros reyes!—sería la confirmación de los principios democráticos y liberales de la revolución de septiembre de 1868, pero el malaventurado monarca murió joven y quedó el reino entregado a una regencia a que se llamó a las "honradas masas" trogloditas. Y la Regencia no fué borbónica a la española, fué habsburgiana a la austriaca o a la austro-española antigua. Durante la guerra civil de los siete años una archiduquesa y abadesa honoraria austriaca que no soñaba en su futuro destino le felicitaba por sus triunfos al entonces pretendiente al trono de España don Carlos de Borbón y de Este, un austriaco educado sobre todo en una pequeña Corte de la Italia entonces irredenta.

No fué, no, un error asociar en aquel mitin la aliadofilia, el anti-germanismo al anti-habsburgianismo. Ya nos iremos enterando del doble y engañoso juego que ha pretendido jugar, en esto de la guerra, lo que se llama el régimen. No acababa de ver claro. El consejo privado de los técnicos debía de inclinarse, en su gran mayoría, al para ellos inconcuso postulado de la invencibilidad prusiana. Los pobres diablos de ese consejo, oprimidas sus molleras por todo género de prejuicios de Escuela Superior de Guerra con su insondable pedantería y su hermélica ignorancia de lo imponderable, no preveían que la gran Democracia americana no se aguantara como se ha aguantado España, todo género de atropellos y de matonerías. Esos pobres técnicos de estudiar en planos, tienen la mente plana, sin profundidad alguna. Y el régimen vacilaba jugando a dos barajas, por si acaso...

Y si el régimen quiere durar aún algo, más o menos, tiene que deshabsburgianizarse.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)

